

CRÍTICA AL PSEUDOESOTERISMO DE LA FILOSOFÍA ACADÉMICA

María Carolina Maomed Parraguez / Carlos Peña González

¿Por qué es imposible que los filósofos de hoy en día no puedan escribir, al menos en parte, como hablan? ¿Son necesarias estas palabras tan terriblemente artificiales? ¿No se puede decir lo mismo de una forma más natural y humana? ¿Debe ser insoportable un libro para que sea de filosofía? No me refiero con esto a la oscuridad que emana de las profundidades, y que sólo existe para aquellos cuyos ojos están acostumbrados a mirar más allá de la superficie. Lo más profundo, según siento, debe ser al mismo tiempo lo más claro.

Esto escribió hace más de doscientos años Friedrich W. J. Schelling en *Clara. Un diálogo sobre la muerte*.¹

El cultivo de esta oscuridad en el contexto del saber no es nuevo, su historia es tan antigua como la misma filosofía occidental. En la *Ética a Nicómaco* se encuentra un pasaje

¹ SCHELLING, Friedrich W. J. *Clara. Un diálogo sobre la muerte*. Edición, estudio preliminar y traducción de Natalia Uribe R. y Matías Tapia W. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2016, p. 147.

donde se sugiere que algunos sostienen ciertas teorías solamente para dejar embobados a los que no entienden.² Nuestro tiempo tampoco se ha librado de este asunto. La filosofía profesional, es decir, el quehacer filosófico cultivado en la institución universitaria, en ocasiones se empeña en una forma de escritura en la que asoma lo que Ortega llamó “manía de profundidades”.³ Y la filosofía ejercitada fuera de esa institución, en su propósito de acercarse a las gentes, muchas veces arriesga la simplificación que exonera del esfuerzo intelectual.

Peter Sloterdijk ha comentado, aunque algo al pasar, que “la filosofía moderna ha abandonado más o menos la metáfora de la profundidad. Preferimos decir que todo está en la superficie, y si existe profundidad la tienes que hacer subir a la superficie como si fuera superficial. Si no, te conviertes en mistagogo, un iniciador en misterios sagrados”.⁴ Sloterdijk, cuya obra ha logrado llegar al gran público y ha puesto a su alcance algunos de los más inquietantes temas de nuestra época sin por eso abandonar el rigor, pone así de manifiesto que en muchas ocasiones la oscuridad de la expresión no es sino una forma errada o torcida de huir de lo superficial entendido como simplismo, como lo basto. Pero su propia obra subraya que a veces es posible traer a la superficie y poner ante la vista de

² 1095 a 20 ss.

³ ORTEGA Y GASSET, José. *La idea de principio en Leibniz. Obras Completas*. Tomo 8. Barcelona: Alianza Editorial, 1994.

⁴ “El mundo desea ser engañado. Y se pondrá seriamente furioso si no lo haces”. (4 de mayo de 2019). *El País*. [Consulta: 10 de julio de 2021]. Disponible en: <https://elpais.com/elpais/2019/05/03/ideas/1556893746_612400.html>.

todos la profundidad sin que, paradójicamente, deje de ser profunda.

La oposición entre oscuridad y claridad descansa en una metáfora espacial de la realidad. Pensamos la realidad como una suma de estratos, unos sobre otros, y creemos entonces que la realidad última ha de estar en el estrato más bajo, que sólo podemos alcanzar transitando por un túnel oscuro y sombrío. Pero incluso si la realidad se presentara de ese modo –si al revés de lo que enseña E. A. Poe en el famoso cuento,⁵ las cartas no estuvieran a la vista–, pensar que el lenguaje especializado significa profundidad sería un error de principio. Un discurso denso, oscuro, incluso con apariencia de impenetrable, no guarda ninguna relación con la profundidad. Si de acuerdo a esa representación de lo real, lo profundo es lo que está más abajo, y si, para llegar a ello hay que cavar, de ahí se seguiría que hay que iluminar, en vez de esconder o ensombrecer. Llevaría pues la razón Friedrich W. J. Schelling, para quien “[l]o más profundo [...] debe ser al mismo tiempo lo más claro”. La pregunta “¿Debe ser insoportable un libro para que sea de filosofía?” es más que pertinente.

La respuesta a esa pregunta no puede eludir, como insistirá el diálogo que aquí se presenta, examinar la índole del lenguaje humano.

El lenguaje natural –aquel con que nos comunicamos cotidianamente– es portador de un mundo o, mejor dicho, constituye de alguna forma al mundo en derredor. Si nos repre-

⁵ POE, Edgar A. *La carta robada*. Traducción de Mauro Armiño; ilustraciones de Edmundo Fernández (Edmond). Barcelona: Bruguera, 1983.

sentáramos el lenguaje al modo en que alguna vez lo sugirió el primer Wittgenstein –como fichas o representaciones de estados de cosas⁶–, entonces el único lenguaje fidedigno sería aquel que se correspondiera con todos los estados de cosas acaecidos o por acaecer. Pero algo así equivaldría, como observó por su parte Borges, a un mapa que tuviera la misma extensión del territorio que aspira a representar. El lenguaje natural queda mejor descrito –como el propio Wittgenstein subrayó al declarar que “el autor del *Tractatus* estaba equivocado”– como una forma de vida,⁷ un código enlazado con la realidad a tal punto que llega a constituirla. De ahí que, como observa Ortega,⁸ a veces al hablar nos desencontramos mucho más que si, mudos, tratásemos de adivinarnos. Y es que el lenguaje es portador de una suma de sobreentendidos que forman parte de una cultura compartida. Los hablantes de un lenguaje natural comparten más cosas de las que son capaces de decir.

Ese rasgo que el lenguaje natural posee permite afirmar, al revés de lo que suele creerse, que él es portador de profundidades, justamente de aquellas que constituyen al mundo de la vida en medio del que se habla, sólo que los hablantes no son conscientes de la contingencia de eso que constituye su

⁶ WITTGENSTEIN, Ludwig. *Tractatus Logico Philosophicus*. Introducción de Bertrand Russell; versión española de Enrique Tierno Galván. Madrid: Alianza, D. L., 1973.

⁷ WITTGENSTEIN, Ludwig. *Investigaciones filosóficas*. Traducción de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines. Barcelona: Crítica, 2002.

⁸ ORDÓÑEZ LÓPEZ, Pilar. *Miseria y esplendor de la traducción: la influencia de Ortega y Gasset en la traductología contemporánea*. [Castelló de la Plana]: Universitat Jaume I, 2009.

mundo. El lenguaje filosófico en la medida en que aspira a ser reflexivo, a volver una y otra vez sobre sus pasos hasta alcanzar un momento originario, intenta sacar a la luz, dentro de lo posible, las profundidades ocultas en la cultura y el lenguaje naturales. Y para hacerlo debe, paradójicamente, distanciarse de este último. El peligro es, sin embargo, que se distancie tanto que no logre interpelar a los hablantes naturales, los no filósofos, o que la institución universitaria transforme ese intento de la filosofía en una simple muestra de estatus de quien ejerce el quehacer filosófico.

De todo ello trata, con ironía y a veces con amargura, pero con implacable lucidez, el texto que aquí se presenta.

Su autor, el escritor y filósofo Günther Anders, fue quizá uno de los pensadores del siglo xx que más interés mostró por el lenguaje y el estilo filosóficos, por encontrar un tono directo, lo menos “deformado” posible, que beba del mismo lenguaje cotidiano sin que por ello pierda precisión y claridad. Es notable que Anders desde muy temprano, siendo filósofo, reflexione sobre el lenguaje de su propio gremio y ponga especial énfasis en la forma estilísticamente esotérica que tiene la mayoría de ellos para comunicar sus ideas: “Porque no hay ningún grupo que escriba en bloque de forma tan deplorable como ellos, y su tono de mezcla de cátedra sagrada, de mística y olor a moho, de exaltación y cuero es apenas soportable al oído del amante de la verdad”.⁹

⁹ ANDERS, Günther. “Notiz über den philosophischen Stil”, [pp. 1-2], Nueva York, 1946. Typoskript aus dem Nachlaß. En: Klaus Kastberger y Konrad Paul Liessmann